



የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Second Sunday of Zemene Fasika (Paschal Season)

Liturgical Readings:

1 Cor. 15:1 –20; 1 Joh. 1: 1– end; Acts 23:1-10,

Psalm 67:1—2;

John 20:19-end

The Anaphora of Saint Dioscorus

**Cristo ha resucitado de entre los muertos,
pisoteando la muerte con la muerte,
con gran poder y autoridad divina.
Ha atado a Satanás con cadenas,
y a los que están en los sepulcros les ha dado la vida;
a Adán ha liberado,
y de ahora en adelante reinarán la alegría y la paz por los siglos de los siglos**

Él Ha Resucitado: el Dador de Vida a los Muertos

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.

Amados en la santa alianza de la gracia, hoy nos reunimos bajo el resplandor del mayor misterio jamás revelado a la humanidad—un misterio que sacudió los fundamentos del mundo de los muertos, quebrantó las puertas de bronce y rompió las barras de hierro (cf. Salmo 107:16). Hoy proclamamos con gozo triunfante la sagrada confesión de la Iglesia: **«Él ha resucitado, y con Él ha levantado a los muertos.»** Esta proclamación no es simplemente una fórmula litúrgica, sino el latido mismo de la fe cristiana, el grito de victoria de la Iglesia desde el sepulcro vacío hasta los confines de la tierra.

La Resurrección de nuestro Señor Jesucristo es el eje sobre el cual gira toda la historia de la salvación. Desde los primeros albores de la revelación divina, Dios había anunciado esta victoria. El profeta Oseas habló proféticamente de este triunfo sobre la muerte: *«Nos dará vida después de dos días; al tercer día nos resucitará, y viviremos delante de Él»* (Oseas 6:2). De la misma manera, el justo Job, mirando más allá del velo del sufrimiento hacia la esperanza de la eternidad, declaró con firme convicción: *«Yo sé que mi Redentor vive, y al final se levantará sobre el polvo»* (Job 19:25).

Esta esperanza encontró su glorioso cumplimiento en Jesucristo, el Verbo hecho carne (Juan 1:14), quien entró en nuestra condición mortal para vencer la muerte desde dentro. Aquel que un día estuvo ante la tumba de Lázaro y clamó con autoridad soberana: *«¡Lázaro, ven fuera!»* (Juan 11:43), ahora Él mismo sale del sepulcro como vencedor de la muerte. La tumba que intentó retenerlo se convirtió, por el contrario, en el lugar donde se manifestó su poder divino. Como declara el Apóstol: *«Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte ya no tiene dominio sobre Él»* (Romanos 6:9).

Los antiguos himnógrafos de la Iglesia, como el venerable **Saint Yared**, vistieron esta verdad con melodías que reflejan la alabanza del mismo cielo. Con voz inspirada por el Espíritu proclamó: «*Cristo ha resucitado, levantando a los muertos; ha liberado a los prisioneros y, por su gran autoridad, ha puesto en libertad a las almas.*» En tales cantos sagrados, la Iglesia celebra no solo un acontecimiento del pasado, sino la liberación cósmica realizada por el Señor resucitado.

Consideremos el conmovedor relato del Evangelio según **Saint Luke**. En el camino a Emaús, dos discípulos caminaban en tristeza, pues su esperanza parecía haber sido sepultada con su Maestro crucificado. Pero cuando el misterioso caminante les explicó las Escrituras, sus corazones ardían dentro de ellos (Lucas 24:32). Cuando finalmente se les abrieron los ojos al partir el pan, regresaron apresuradamente a Jerusalén, donde ya escuchaban la proclamación triunfante de los Apóstoles: «*El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido a Simón*» (Lucas 24:34).

Esto no era una ilusión ni un espíritu fruto de la imaginación. El Cristo resucitado se apareció corporalmente entre ellos, aunque las puertas estaban cerradas (Juan 20:19). Estando en medio de ellos, pronunció la paz que solo el vencedor de la muerte puede conceder: «*Paz a vosotros.*» Les mostró sus manos y su costado heridos—las señales sagradas de su victoria. «*Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved*», les dijo, «*porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo*» (Lucas 24:39). Y para disipar toda duda, comió delante de ellos, mostrando que el mismo cuerpo que fue colgado en la cruz ahora vive glorificado en la nueva creación.

Pero esta Resurrección no es solamente la victoria de Cristo; es el amanecer de la restauración de toda la humanidad. El Apóstol **Paul the Apostle** proclama con profunda claridad teológica: «*Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos; primicias de los que durmieron es hecho*» (1 Corintios 15:20). Así como la primera gavilla de la cosecha ofrecida en el templo anunciaba la plenitud de la siega (Levítico 23:10–11), así la resurrección de Cristo garantiza la resurrección de todos los que le pertenecen.

Las Sagradas Escrituras enseñan que su muerte fue nuestra muerte y que su resurrección es nuestra resurrección. En el bautismo somos unidos místicamente con Él: «*Sepultados con Él en el bautismo, en el cual también fuisteis resucitados con Él mediante la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos*» (Colosenses 2:12). Por eso el Apóstol exhorta a los fieles: «*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios*» (Colosenses 3:1).

Este despertar espiritual—la resurrección del alma—es lo que la Iglesia entiende como **la primera resurrección**, una transformación interior realizada por la gracia divina. Por medio del arrepentimiento y la obra del Espíritu Santo, el creyente pasa de la muerte a la vida (Juan 5:24). Así, la Resurrección no es solamente una esperanza futura, sino una realidad presente vivida en la comunión de la Iglesia.

Sin embargo, la proclamación del Evangelio nunca ha estado libre de oposición. Desde los primeros días algunos negaron la resurrección. Contra tal escepticismo los Apóstoles dieron un testimonio firme. «*Y si Cristo no resucitó,*» escribe **Paul the Apostle**, «*vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe*» (1 Corintios 15:14). Pero la verdad permanece inquebrantable: Cristo ha resucitado, y por lo tanto la muerte ha sido vencida.

El Apóstol **Peter the Apostle**, lleno del Espíritu Santo, testificó que Cristo, «*siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu,*» fue incluso a proclamar su victoria a los espíritus encarcelados (1 Pedro 3:18–19). De este modo el Señor resucitado mostró que ninguna región de la creación está fuera de su autoridad redentora.

Mucho antes de esto, el profeta-rey **David** había contemplado este misterio por inspiración divina: «*Yo me acosté y dormí; desperté, porque el Señor me sostuvo*» (Salmo 3:5). La Iglesia ve en estas palabras una imagen profética de Cristo, el verdadero Hijo de David, que se acostó en el sueño de la muerte para despertar en gloria inmortal. Asimismo, otro salmo anunció el sepulcro vacío con notable claridad: «*Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu Santo vea corrupción*» (Salmo 16:10), palabras aplicadas a Cristo por el Apóstol Pedro en el día de Pentecostés (Hechos 2:27–31).

Así, la Resurrección revela el gran designio de la salvación de Dios. Descendiendo a las profundidades de la muerte, Cristo quebrantó su poder y liberó a los cautivos. Como había profetizado **Isaiah**: «*Destruirá a la muerte para siempre, y el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros*» (Isaías 25:8).

Amados, en esta Resurrección encontramos nuestra vida. Porque Cristo vive, la muerte ya no tiene la última palabra. Nuestro lamento se convierte en danza (Salmo 30:11) y nuestra desesperación en esperanza viva. Esperamos el día en que sonará la trompeta y los muertos resucitarán incorruptibles (1 Corintios 15:52), cuando se cumplirá la palabra del Señor: «*Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá*» (Juan 11:25).

Vivamos, por tanto, como aquellos que pertenecen a la Resurrección. Despojémonos del viejo hombre con sus obras (Efesios 4:22) y vistámonos del nuevo hombre, renovado según la imagen de su Creador (Colosenses 3:10). Que nuestras vidas den testimonio de que la victoria de Cristo ya está obrando en nosotros.

Porque el sepulcro vacío no es solamente un monumento del pasado—es la puerta abierta hacia la vida del mundo venidero.

Gloria a Dios Padre que resucitó a su Hijo; gloria al Hijo que por su muerte venció a la muerte; y gloria al Espíritu Santo que da vida a los fieles, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.